

PROMESA DE SANGRE

BRIAN McCLELLAN

LOS MAGOS DE LA PÓLVORA

Traducción: Federico Cristante



Capítulo



A Adamat la chaqueta le quedaba demasiado ajustada, con los botones superiores sujetos para protegerlo de un aire nocturno tan húmedo que parecía querer ahogarlo. Se jaló las mangas, tratando de extenderlas un poco, e intentó acomodarse el frente del abrigo, que le quedaba apretado en la zona de la cintura. Hacía unos cinco años que no veía esa chaqueta, pero cuando le llegó la llamada del rey a esa hora, no hubo tiempo para retirar la de siempre de la casa del sastre. Esa prenda de verano no brindaba ninguna defensa contra el frío que se filtraba por la ventana del carruaje.

La mañana no tardaría en llegar, pero el amanecer difícilmente podría dispersar la niebla. Adamat podía sentirlo. Aunque en Adopest ya había comenzado la primavera, el clima seguía demasiado húmedo y más frío que los dedos congelados de Novi. Los adivinos del Callejón de Nadie decían que era un mal presagio. Pero ¿quién hacía caso a los adivinos hoy en día? Adamat supuso que le daría una gripe y se preguntó por qué lo habrían mandado llamar en una noche tan abismal como esa.

El carruaje se acercó al portón principal del Palacio del Horizonte y siguió avanzando sin detenerse. Adamat apoyó las manos en las rodillas y miró por la ventanilla. Los guardias no estaban en sus puestos. Y, más extraño aún, a medida que continuaron por el ancho camino que pasaba entre las fuentes, vio que no había luces

encendidas. El Horizonte tenía tantos faroles que podía verse desde la ciudad incluso en la noche más cerrada. Esa noche los jardines estaban oscuros.

A él no le molestó. Manhouch gastaba suficiente dinero de los impuestos para sus gustos personales. Miró los jardines y observó las fauces negras donde comenzaban los laberintos de setos y se imaginó unas figuras revoloteando sobre el césped. ¿Qué era...? Ah, solo una escultura. Volvió a acomodarse en el asiento, respiró hondo. Oía el latido de su corazón golpeando asustado mientras se le encogía el estómago. Quizás *deberían* encender los faroles del jardín...

Una pequeña parte de él, la que alguna vez había sido inspector de policía y que durante noches como esa había rondado los callejones en busca de ladrones y carteristas, se rio desde su interior. “Cálmate, anciano”, se dijo a sí mismo. “En otra época tú fuiste los ojos que observaban desde la oscuridad”.

El carruaje se detuvo. Adamat esperó a que el cochero le abriera la puerta. Podría haber esperado toda la noche. El conductor golpeó el techo.

—Llegamos —dijo una voz tosca.

Qué grosero.

Adamat se bajó del carruaje apenas con el tiempo suficiente para tomar su sombrero y su bastón antes de que el conductor agitara las riendas y saliera traqueteando hacia la noche. Adamat le profirió un insulto en voz baja, se volvió y miró el edificio.

La nobleza llamaba al Palacio del Horizonte “la Joya de Adro”. Había sido construido sobre una colina alta que había al este de Adopest, para que todas las mañanas el sol se elevara por encima de él. Un periódico particularmente audaz lo había comparado con un indigente hambriento que llevaba en el dedo un anillo de diamantes. Era una comparación acertada en aquellos tiempos tan difíciles. El orgullo de un rey no le llena el estómago a la gente.

Estaba en la entrada principal. Durante el día era una gran avenida de senderos y fuentes de mármol que llevaba hasta una puerta doble plateada, de gran tamaño, que de por sí parecía una miniatura en el imponente frontispicio de la construcción más grande de todo Adro. Adamat intentó oír las suaves pisadas de los Hielman en

servicio. Se decía que había miembros de la guardia personal del rey por todo el jardín, vigilando cada rincón, con los mosquetes siempre cargados, con las bayonetas colocadas, con sus fajas blancas y grises, sombrías en comparación con el esplendor de los verdes y los dorados. Pero no había pisadas, y las fuentes no estaban en funcionamiento. Una vez había oído decir que el agua de las fuentes solo dejaba de correr ante la muerte del rey. Seguramente no lo habrían mandado a llamar si Manhouch estuviera muerto. Se alisó el frente de la chaqueta. Allí, junto al edificio, algunos de los faroles estaban encendidos.

Alguien emergió de la oscuridad. Adamat apretó la mano que sostenía el bastón, listo para desenvainar la espada oculta en su interior ante la menor señal de peligro.

Se trataba de un hombre de uniforme, pero no se podía distinguir demasiado con tan poca luz. Tenía un rifle o mosquete apuntando en dirección a Adamat, y llevaba un quepis plano con visera rígida. Lo único de lo que Adamat podía estar seguro era que no se trataba de un Hielman. Sus sombreros altos y con plumas eran fáciles de reconocer, y no iban a ningún lado sin ellos.

—¿Está solo? —preguntó una voz.

—Sí —dijo Adamat. Levantó ambas manos y giró sobre sí mismo.

—Muy bien. Pase.

El soldado avanzó y jaló de una de las inmensas puertas de plata. Fue abriéndose hacia afuera despacio, pesadamente, a pesar de que el hombre hacía fuerza con todo su peso. Adamat se acercó y observó la chaqueta del soldado. Era de color azul oscuro y con trenzados plateados. El ejército adrano. En teoría, el ejército estaba bajo las órdenes del rey. En la práctica, había un hombre que sostenía la correa: el mariscal de campo Tamas.

—Retroceda, amigo —dijo el soldado. Había un dejo de impaciencia en su voz, algo que lo tenía tenso, pero podría deberse al peso de la puerta. Adamat obedeció, y solo volvió a avanzar cuando el soldado le hizo un gesto—: Continúe —instruyó—. Doble a la derecha en la diadema y cruce la Sala de Diamantes. Siga caminando hasta que se encuentre en el Salón de las Respuestas. —La puerta fue moviéndose poco a poco detrás de Adamat, y se cerró con un golpe sordo.

Se quedó solo en el vestíbulo del palacio. El ejército adrano, meditó. ¿Por qué habría un soldado allí sin ninguna señal de los Hielman? La primera respuesta que le vino a la mente fue la más aterradora. Una lucha de poder. ¿Habían llamado al ejército para sofocar una rebelión? Había varias facciones en Adro: los mercenarios de las Alas de Adom, la camarilla real, la Guardia de la Montaña y las grandes familias de la nobleza. Cualquiera podría haber estado dándole problemas a Manhouch. Pero no tenía sentido. Si hubiera habido una lucha de poder, el recinto del palacio sería un campo de batalla, o habría sido completamente destruido por la camarilla real.

Adamat pasó por delante de la diadema, una copia gigante de la corona adrana, y notó que era de tan mal gusto como afirmaban los rumores. Entró en la Sala de Diamantes, donde el suelo y las paredes eran color escarlata con detalles de oro enchapado; miles de gemas diminutas, que le daban el nombre al lugar, brillaban desde el techo a la luz del único candelabro encendido. Las pequeñas llamas del candelabro titilaban como movidas por el viento, y hacía frío en la habitación.

La sensación de incomodidad de Adamat se fue intensificando a medida que se acercó al final de la galería. No había señales de vida, y el único sonido provenía de sus propias pisadas sobre el suelo de mármol. Había una ventana rota, lo que explicaba el frío. ¿El resultado de uno de los famosos berrinches del rey? ¿O se trataba de alguna otra cosa? En los oídos le resonaron los latidos de su corazón. Allí. Detrás de la cortina, ¿un par de botas? Se pasó una mano por los ojos. Una ilusión óptica. Se acercó para tranquilizarse y corrió la cortina.

Había un cuerpo en las sombras. Se inclinó sobre él y le tocó la piel. Estaba tibia, pero el hombre estaba muerto sin lugar a dudas. Tenía pantalones grises con una franja blanca en los laterales y una chaqueta al tono. En el suelo, un poco más lejos, había un sombrero alto con plumas blancas. Un Hielman. Las sombras bailaron sobre un rostro joven, perfectamente afeitado. Parecía estar en paz, excepto por el agujero que tenía en el cráneo y la mancha oscura en el suelo.

Adamat no se equivocaba. Hubo un conflicto. ¿Se sublevaron los Hielman y se había llamado al ejército para que lidiara con ellos? De

nuevo, no tenía sentido. Los Hielman eran partidarios leales al rey, y cualquier problema dentro del Palacio del Horizonte habría sido resuelto por la camarilla real.

Maldijo en silencio. Cada pregunta generaba más preguntas. Seguramente, pronto encontraría algunas respuestas.

Dejó atrás el cadáver. Levantó el bastón y lo giró, desenvainó algunos centímetros de acero y se acercó a una puerta alta flanqueada por dos esculturas encapuchadas que blandían cetros. Hizo una pausa entre las antiguas estatuas y respiró hondo; sus ojos se posaron sobre una escritura arcana garabateada sobre el portal. Entró.

El Salón de las Respuestas hacía que la Sala de Diamantes pareciera pequeña. Había dos escaleras, una a cada lado. Cada una de ellas tenía el ancho de tres carruajes y daba a una galería alta que se extendía todo a lo largo de la habitación. Excepto por el rey y su camarilla de hechiceros Privilegiados, eran pocos los que entraban en ese lugar.

En el centro había una única silla, colocada sobre un estrado elevado varios centímetros, frente a una colección de cojines que estaban en el suelo, donde la camarilla le rendía pleitesía de rodillas a su líder. Había buena iluminación, aunque no se podía distinguir de dónde provenía la luz.

A la derecha de Adamat, había un hombre sentado en la escalera. Era un poco mayor que él, apenas pasados los sesenta años, con cabello plateado y un bigote pulcramente recortado que aún dejaba entrever un rastro de negro. Su mandíbula era fuerte pero no de tamaño excesivo y sus pómulos, bien definidos. Tenía la piel bronceada por el sol, y unas arrugas profundas en la comisura de los labios y en el rabillo de los ojos. Llevaba el uniforme azul oscuro de los soldados, con un prendedor plateado con forma de barril de pólvora abrochado sobre el corazón, y nueve tiras de oro cosidas a la derecha del pecho, una por cada cinco años de servicio en el ejército adrano. Al uniforme le faltaban las hombreras de oficial, pero la experiencia agobiante presente en sus ojos color café dejaba en claro que había liderado ejércitos en el campo de batalla. A su lado, sobre la escalera, había una pistola amartillada, lista para disparar. Él estaba inclinado sobre una espada corta envainada, y observaba

un hilo de sangre que iba cayendo lentamente escalón por escalón, una línea oscura sobre el mármol amarillo y blanco.

—Mariscal de campo Tamas —dijo Adamat. Envainó la espada en el bastón y la giró. La espada chasqueó al cerrarse.

El hombre levantó la mirada.

—Creo que no nos conocemos.

—Sí nos conocemos —explicó Adamat—. Fue hace catorce años. Un baile de caridad organizado por lord Aumen.

—Tengo una memoria terrible para los rostros —dijo el mariscal—. Le pido disculpas.

Adamat no podía despegar la mirada del pequeño río de sangre.

—Señor, me han mandado llamar. No me han informado quién fue ni por qué motivo.

—Sí —dijo Tamas—. Fui yo. Por recomendación de uno de mis Marcados. Cenka. Me dijo que ustedes trabajaron juntos en el cuerpo de policía del distrito doce.

Adamat visualizó a Cenka en su mente. Era un hombre bajo, con una barba rebelde y una predilección por los vinos y la buena comida. Lo había visto por última vez hacía siete años.

—No sabía que Cenka era un mago de la pólvora.

—Tratamos de encontrar a todo el que muestre tener afinidad lo antes posible —dijo Tamas—, pero él tardó en desarrollarla. En todo caso —hizo un gesto con la mano—, nos hemos topado con un problema.

Adamat se lo quedó mirando, perplejo.

—Usted... ¿quiere mi ayuda?

El mariscal de campo levantó una ceja.

—¿Es un pedido tan inusual? Usted fue un investigador policial competente, un buen servidor de Adro y, según Cenka, tiene una memoria perfecta.

—Aun así, señor.

—¿Qué?

—Yo solo soy un investigador. No estoy en la policía, aunque sí sigo aceptando trabajos.

—Excelente. Entonces no es tan extraño que yo quiera contratar sus servicios, ¿verdad?

—Bueno, no... pero señor, este es el Palacio del Horizonte. Hay un Hielman muerto en la Sala de Diamantes y... —Señaló la sangre que caía por las escaleras—. ¿Dónde está el rey?

Tamas inclinó la cabeza hacia un lado.

—Se encerró en la capilla.

—Usted llevó a cabo un golpe de estado —dijo Adamat.

Por el rabillo del ojo detectó algo de movimiento, y vio aparecer a un soldado en lo alto de la escalera. Se trataba de un deliví, un hombre de piel oscura proveniente del norte. Usaba el mismo uniforme que Tamas, con ocho tiras doradas a la derecha del pecho. A la izquierda llevaba un barril de pólvora de plata, el símbolo de los Marcados. Otro mago de la pólvora.

—Hay muchos cuerpos para mover —dijo el deliví.

Tamas miró de soslayo a su subordinado.

—Ya lo sé.

—¿Quién es este? —preguntó Sabon.

—El inspector que solicitó Cenka.

—No me gusta que esté aquí —dijo Sabon—. Podría ser un peligro.

—Cenka confiaba en él.

—Usted llevó a cabo un golpe de estado —repitió Adamat con certeza.

—Ayudaré con los cadáveres dentro de un momento —dijo el mariscal—. Estoy viejo, necesito descansar de vez en cuando.

El deliví asintió con la cabeza y desapareció.

—¿Señor! —exclamó Adamat—. ¿Qué hizo? —Aferró con más fuerza la espada del bastón.

Tamas apretó los labios.

—Algunos dicen que la camarilla real adrana tenía los Privilegiados más poderosos de los Nueve Reinos, superados solo por los de Kez —dijo en voz baja—. Y aun así, los masacré a todos. ¿Cree que un viejo inspector y la espada de su bastón-estoque me darían problemas?

Adamat aflojó la mano. Sintió que se descomponía.

—Supongo que no.

—Cenka me dio a entender que usted es un hombre pragmático. Si eso es correcto, quisiera contratar sus servicios. Si no lo es, lo mataré ahora mismo y buscaré la solución en otro lado.

—Usted llevó a cabo un golpe de estado —volvió a decir Adamat. Tamas suspiró.

—¿Debemos volver a eso? ¿Tan sorprendente es? Dígame algo, si nos pusiéramos a contar las facciones de Adro que tienen razones para destronar al rey, ¿le parece que terminaríamos antes de llegar a la docena?

—No creía que ninguna de ellas tuviera la habilidad —respondió Adamat—. O el coraje. —Sus ojos volvieron a posarse en la sangre de la escalera, y su mente lo llevó hasta su esposa y sus hijos, que aún estaban durmiendo en sus camas. Miró al mariscal de campo. Tenía el cabello desaliñado; había gotas de sangre en su chaqueta; unas cuantas, ahora que le prestaba atención. Era como si lo hubiesen rociado. Tenía ojeras marcadas y un cansancio que hablaba de algo más que solo la edad—. No aceptaré un trabajo a ciegas. Dígame qué quiere.

—Los asesinamos mientras dormían —dijo sin preámbulos—. No hay una forma sencilla de matar a un Privilegiado, pero esa es la mejor. Alguien cometió un error y de pronto nos encontramos en medio de una batalla. —Tamas pareció afligido por un momento, y Adamat sospechó que la lucha no había ido tan bien como al mariscal le habría gustado—. Triunfamos. Pero de los labios de los moribundos se oyó una frase.

Adamat esperó.

—“No se debe romper la Promesa de Kresimir” —dijo Tamas—. Eso es lo que me dijeron los hechiceros antes de morir. ¿Significa algo para usted?

Adamat se alisó el frente de la chaqueta y trató de rememorar viejos recuerdos.

—No. La Promesa de Kresimir... romper... rota... Un momento: La Promesa Rota de Kresimir. —Levantó la mirada—. Era el nombre de una pandilla callejera. Hace veinte... veintidós años. ¿Cenka no los recordaba?

—A él le sonaba familiar. Estaba seguro de que usted lo recordaría.

—Yo no me olvido nada —dijo Adamat—. La Promesa Rota de Kresimir era una pandilla que contaba con cuarenta y tres miembros. Eran todos jóvenes, algunos tan solo niños, el más viejo no

llegaba a los veinte. Nosotros estábamos intentando capturar a algunos de los líderes para poner fin a una serie de robos. Eran un grupo extraño; se metían en las iglesias y robaban a los sacerdotes.

—¿Qué les sucedió?

Adamat no pudo evitar mirar la sangre de la escalera.

—Un día desaparecieron, todos... incluidos nuestros informantes. Los encontramos unos días después, cuarenta y tres cadáveres metidos en una alcantarilla como si fueran patas de cerdo en escabeche. Los habían masacrado con poderosos hechizos, con una brutalidad excesiva. La marca de la camarilla real de Manhouch. La investigación terminó allí.

Adamat reprimió un escalofrío. Nunca había visto algo así, ni antes ni después. Había sido testigo de ejecuciones, disturbios y escenas de asesinato que le habían parecido menos espantosos.

El soldado deliví volvió a aparecer en lo alto de la escalera.

—Te necesitamos —le dijo a Tamas.

—Averigüe por qué estos Privilegiados usaron su último aliento para decir esas palabras —indicó el mariscal—. Quizás esté conectado con su pandilla callejera. Quizás no. De cualquier manera, encuéntreme una respuesta. No me gustan los acertijos de los muertos. —Se puso de pie deprisa, moviéndose como un hombre veinte años más joven, y subió trotando las escaleras para ir con el deliví. Las botas chapotearon en la sangre y dejaron huellas rojas detrás de él—. Otra cosa —dijo mirando por encima de su hombro—, no diga nada sobre lo que vio aquí hasta después de la ejecución. Comenzará al mediodía.

—Pero... ¿por dónde comienzo? ¿Puedo hablar con Cenka?

Tamas se detuvo cerca de lo alto de la escalera y se volvió.

—Si puede hablar con los muertos, no hay ningún problema.

Adamat apretó los dientes.

—¿Cómo dijeron esas palabras? —preguntó—. ¿Fue a modo de orden, de declaración o...?

Tamas frunció el ceño.

—Una súplica. Como si la sangre que estaban perdiendo no fuera su preocupación principal. Debo irme.

—Una cosa más —indicó Adamat. Tamas parecía estar llegando

al límite de su paciencia—. Si lo voy a ayudar, dígame el porqué de todo esto. —Señaló la sangre de la escalera.

—Hay cosas que requieren mi atención —advirtió Tamas.

Adamat sintió que se le tensaba la mandíbula.

—¿Hizo esto por poder?

—Lo hice por mí. Y por Adro. Para evitar que Manhouch firmara los Acuerdos y nos convirtiera a todos en esclavos de Kez. Lo hice porque, para esos estudiantes de filosofía que se quejan en la universidad, la rebelión es solo un juego. La era de los reyes ha muerto, Adamat, y la maté yo.

Adamat observó el rostro de Tamas. Los Acuerdos eran un tratado que iba a firmarse con el rey keseño; condonaría toda deuda adrana, pero impondría a Adro impuestos severos y regulación, lo que convertiría a Adro en poco más que un estado vasallo de Kez. El mariscal de campo había hablado abiertamente contra los Acuerdos. Pero claro, era lo esperado. Los keseños habían ejecutado a la esposa de Tamas.

—Así es —respondió Adamat.

—Entonces consígame algunas condenadas respuestas.

El mariscal de campo se volvió y desapareció por el pasillo superior.

Adamat recordaba los cadáveres de esa pandilla al ser retirados del agua y del lodo de las alcantarillas, recordaba el horror grabado en aquellos rostros muertos. “Las respuestas quizás nos terminen condenando a todos”.

Capítulo



—Lajos está muriendo —dijo Sabon. Tamas entró en los apartamentos del Privilegiado que había sido Zakary el sacristán. Atravesó el salón y entró en la recámara, un lugar más grande que la casa de la mayoría de los comerciantes. Las paredes eran de color índigo y estaban cubiertas de coloridos cuadros que mostraban a varios de los sacristanes que habían pertenecido a la camarilla real de Adro. Había puertas que daban a habitaciones auxiliares, como el baño o la cocina. La puerta del burdel privado del sacristán había sido destrozada, la habitación estaba repleta de astillas; las más grandes no llegaban al tamaño de un pulgar.

Habían quitado las sábanas de la cama y habían arrojado el cuerpo del sacristán a un lado para hacer lugar a un mago de la pólvora herido.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Tamas.

Lajos apenas pudo toser un poco. Los Marcados eran más resistentes que la mayoría de las personas; con la pólvora que Lajos había ingerido, y que ahora le corría por las venas, casi no sentiría dolor. No fue un gran consuelo para Tamas cuando miró a su amigo. Había perdido medio brazo (a lo largo) y en el abdomen tenía un agujero del tamaño de un melón. Era un milagro que hubiera vivido tanto tiempo. Le habían dado medio cuerno de pólvora. Solo eso debería haberlo matado.

—He estado mejor —respondió. Volvió a toser y le salió sangre de la comisura de la boca.

Tamas extrajo su pañuelo y le limpió la sangre.

—Ya no tardará mucho —dijo.

—Lo sé —respondió Lajos.

El mariscal apretó la mano de su amigo.

Lajos formó la palabra “gracias” con los labios.

Tamas respiró hondo. De pronto le costó ver. Parpadeó para limpiarse los ojos. La respiración de Lajos sonó áspera, y luego se detuvo. Tamas comenzó a retirar la mano, pero de pronto Lajos la apretó. Los ojos se le abrieron.

—Está bien, amigo —dijo—. Hiciste lo que debía hacerse. Ten paz. —Sus ojos se enfocaron en otro lado y luego se quedaron quietos. Había muerto.

Tamas le cerró los ojos con la yema de los dedos y se volvió hacia Sabon. El deliví estaba en el otro lado de la recámara examinando lo que quedaba de la puerta que daba al harén, que todavía colgaba de una de las bisagras. Tamas se le acercó y miró hacia adentro. Los soldados habían juntado a las mujeres hacía una hora y se las habían llevado a alguna otra parte del palacio con el resto de las putas de los Privilegiados.

—La furia de una mujer —murmuró Sabon.

—En efecto.

—No había forma de que estuviéramos preparados para esto.

—Díselo a ellos. —Tamas hizo un gesto con la cabeza hacia los cuatro cuerpos que había en hilera en el suelo, y al quinto que pronto se les uniría. Cinco magos de la pólvora. Cinco amigos. Todo por una Privilegiada con la que nadie había contado.

Tamas acababa de meter una bala en la cabeza del sacristán, un hombre a quien le había estrechado la mano y con quien había hablado regularmente. Los Marcados lo rodeaban, listos por si al viejo le quedaba algo de pelea. No estaban preparados para la otra Privilegiada, la que se ocultaba en el burdel. Había partido la puerta como una guillotina corta un melón, con los guantes de los Privilegiados puestos y los dedos danzando mientras su hechicería despedazaba a los magos de la pólvora de Tamas. Un mago de la pólvora podía mantener una bala

suspendida en el aire durante casi dos kilómetros y dar siempre en el blanco. O hacer que una bala doblara una esquina con el poder de la mente, e ingerir pólvora negra para hacerse más fuerte y rápido que otros hombres. Pero era poco lo que podía hacer contra la hechicería de un Privilegiado a corta distancia.

Tamas, Sabon y Lajos habían sido los únicos que tuvieron tiempo para reaccionar, y apenas la rechazaron. Ella huyó, seguida por los ecos de la destrucción causada por su hechicería a medida que avanzaba por el palacio; probablemente nada más que una farsa para evitar que la persiguieran. Su hechizo de despedida fue la herida mortal de Lajos, pero había sido lanzado al azar. Tranquilamente podría haber sido Sabon, o el mismo Tamas, quien hubiera muerto en la cama hacía un momento. Pensar en eso le heló la sangre.

Desvió la mirada de la puerta.

—Tendremos que seguirla. Encontrarla y matarla. Es peligroso que ande suelta.

—¿Un trabajo para el quiebramagos? —dijo Sabon—. Ya me preguntaba por qué lo conservabas.

—Es una herramienta que no quería usar —repuso Tamas—. Ojalá tuviera un mago para enviar con él.

—Su compañera es una Privilegiada —dijo Sabon—. Un quiebramagos y una Privilegiada deberían ser más que suficientes contra una única Privilegiada de la camarilla. —Hizo un gesto señalando hacia la puerta destrozada.

—No me gusta pelear limpio cuando se trata de la camarilla real —respondió Tamas—. Y recuerda, hay diferencia entre un miembro de la camarilla real y un matón contratado.

—¿Quién era ella? —preguntó Sabon. Había un tono en su voz, quizás de reproche.

—No tengo idea —espetó Tamas—. Yo conocía a cada uno de los magos del rey. Hasta cené con ellos. Ella era una desconocida.

Sabon toleró el enojo de Tamas sin hacer comentarios.

—¿Una espía de otra camarilla?

—Es poco probable. Se registra a todas las chicas del burdel. Ella no parecía una puta. Era fuerte, y estaba curtida. La amante del sacristán, quizás. Nunca la había visto.

—¿Puede ser que el sacristán haya estado entrenando a alguien en secreto?

—Los aprendices nunca son secretos —dijo Tamas—. Los Privilegiados son demasiado desconfiados para permitirlo.

—Su desconfianza suele estar bien fundamentada. Tiene que haber un motivo para que ella estuviera aquí.

—Ya lo sé. Nos encargaremos de ella cuando corresponda.

—Si los demás hubieran estado aquí... —dijo Sabon.

—Tendríamos más muertos —agregó Tamas. Volvió a contar los cadáveres, como si ahora pudiera haber menos. Cinco. De sus diecisiete magos—. Nos dividimos en dos grupos justamente por este motivo. —Dio la espalda a los cadáveres—. ¿Hay noticias de Taniel?

—Está en la ciudad.

—Perfecto. Lo enviaré a él con el quiebramagos.

—¿Estás seguro? Acaba de regresar de Fatrasta —repuso Sabon—. Necesita tiempo para descansar, para ver a su prometida...

—¿Vlora está con él? —preguntó y Sabon se encogió de hombros—. Esperemos que ella llegue pronto. Nuestro trabajo no está terminado. —Levantó una mano para evitar cualquier protesta—. Y Taniel podrá descansar cuando hayamos completado el golpe de estado.

—Se hará lo que deba hacerse —dijo Sabon en voz baja.

Ambos se quedaron en silencio, observando a sus camaradas caídos. Pasaron unos momentos, y Tamas vio una sonrisa ensancharse en el rostro oscuro y arrugado de Sabon. El deliví estaba exhausto y demacrado, pero con un dejo de alegría contenida.

—Lo logramos.

Tamas volvió a mirar los cuerpos de sus amigos, sus soldados.

—Sí —dijo—. Así es. —Se obligó a apartar la mirada.

En el rincón había una pintura, una monstruosidad de marco dorado colocada sobre un trípode de plata digno de un heraldo de la camarilla real. Tamas la estudió brevemente. Mostraba a un Zakary en su plenitud, un joven de hombros anchos y expresión severa.

Muy diferente del cuerpo viejo y retorcido que yacía en el rincón. La bala le había entrado en el cerebro y lo había matado instantáneamente, y aun así su garganta sin vida había carraspeado las mismas palabras que los demás: “No se debe romper la Promesa de Kresimir”.

Cenka se había puesto blanco como el rostro de un mimo cuando el primero de los Privilegiados lanzó su grito póstumo. Le había exigido a Tamas que ordenara llamar a Adamat hasta allí, al corazón mismo del delito que estaban cometiendo. El mariscal tenía la esperanza de que Cenka estuviera equivocado, de que el investigador no encontrara nada.

Tamas dejó el ala del palacio perteneciente a la camarilla, Sabon lo seguía de cerca.

—Necesitaré un nuevo guardaespaldas —dijo mientras caminaban. Le dolía tener que hablar de eso con el cuerpo de Lajos todavía enfriándose.

—¿Un Marcado? —preguntó Sabon.

—No puedo prescindir de ninguno. No ahora.

—Le he estado echando el ojo a un Dotado —dijo Sabon—. Un hombre llamado Olem.

—¿Es un soldado? —preguntó Tamas. El nombre le resultaba familiar. Sostuvo la mano por debajo de sus ojos—. ¿De esta altura? ¿Rubio?

—Sí.

—¿Cuál es su Don?

—No necesita dormir. Nunca.

—Eso es útil —dijo Tamas.

—Bastante. También tiene un tercer ojo bastante potente, por lo que puede detectar Privilegiados. Lo tendré listo y a tu lado para la ejecución.

Un Dotado no sería tan útil como un mago de la pólvora. Los Dotados eran más frecuentes, y sus habilidades eran más un talento que un poder mágico. Pero si podía usar su tercer ojo para ver hechicería, podría resultar beneficioso.

Tamas se acercó a las puertas de la capilla, que estaban atrancadas. Un par de soldados de Tamas emergieron de las sombras de la pared con los mosquetes listos. Tamas les hizo un gesto con la cabeza y señaló la puerta.

Uno de los soldados extrajo de su cinturón un cuchillo largo y lo insertó entre las puertas de la capilla.

—Echó el cerrojo del diocel —dijo el soldado—, pero ni siquiera se molestó en amontonar objetos frente a la puerta. Le falta

experiencia, en mi opinión. —Levantó el cerrojo con el cuchillo, y él y su compañero abrieron las puertas de un empujón.

La capilla era grande, como todas las habitaciones del palacio. Sin embargo, a diferencia de las demás, se había salvado de las remodelaciones de estación típicas de los caprichos del rey y permanecía similar a como debió de ser hacía doscientos años. La bóveda del techo era exageradamente alta; y entre las columnas anchas como un carro de bueyes había balcones para la realeza y los altos nobles. El suelo tenía un intrincado diseño de mosaicos de mármol de distintas formas y tamaños, mientras que el techo estaba decorado con paneles ilustrados en los que se veía a los santos al fundar los Nueve Reinos bajo la mirada paternal del dios Kresimir.

Al frente de la capilla había dos altares, apenas más elevados que las bancas, junto a un púlpito de granadillo. El primer altar, el más pequeño y el más cercano a la gente, estaba dedicado a Adom, el santo fundador de Adro. El segundo altar, que tenía laterales de mármol y estaba cubierto con satín, estaba dedicado a Kresimir. A un lado de ese altar se encontraban acurrucados Manhouch XII, soberano de Adro, y su esposa Natalija, duquesa de Tarony. Natalija miraba hacia atrás, por encima del altar, moviendo los labios en plegaria silenciosa a la Cuerda de Kresimir. Manhouch estaba pálido, tenía los ojos enrojecidos y sus labios formaban una línea delgada. Le dijo algo al diocel susurrando con desesperación. Se detuvo cuando Tamas se acercó.

—Espere —dijo el diocel levantando una mano, a la vez que el rey bajaba los escalones del altar y avanzaba con furia hacia Tamas. El viejo rostro del diocel expresaba su angustia, y su sotana estaba arrugada a causa de la precipitada carrera hacia la capilla.

Tamas observó a Manhouch marchar hacia él. Notó la mano que llevaba oculta detrás de la espalda, y la furia de emociones que cruzaban su rostro joven y aristocrático. Gracias a la alta hechicería de su camarilla real, Manhouch aparentaba no tener más de diecisiete años, aunque en realidad ya había pasado los treinta. Se suponía que eso reflejaba la eternidad de la monarquía, pero a Tamas siempre le había resultado difícil tomar en serio a un hombre que parecía tan joven. El mariscal se detuvo y lo observó, y lo vio dudar antes de acercarse.

Cuando estuvo a unos cuatro metros, el rey reveló su pistola. La elevó rápidamente. El tiro sería certero a esa distancia; después de todo, el propio Tamas le había enseñado a disparar. Sin embargo, que Manhouch siquiera lo intentase era un desafortunado reflejo de su desconexión con el mundo. El rey apretó el gatillo.

Tamas se estiró mentalmente y absorbió la fuerza del estallido. Sintió que la energía le recorría el cuerpo y le daba calor como un trago de un buen vino. Redirigió esa energía hacia el suelo; uno de los mosaicos de mármol que había a los pies del rey se rajó.

Manhouch dio un salto hacia atrás. La bala rodó por el cañón de la pistola y cayó al suelo, y se detuvo a los pies de Tamas.

Tamas avanzó y tomó la pistola del rey por el cañón. Apenas sintió que le quemaba la mano.

—¿Cómo te atreves? —dijo Manhouch. Tenía el rostro cubierto de pólvora, las mejillas coloradas. Su ropa de cama de seda estaba arrugada, empapada en sudor—. Confiábamos en ti para que nos protegieras. —Temblaba levemente.

Tamas miró al diocel, que seguía junto al altar. El viejo cura estaba inclinado contra la pared, con su alto solideo bordado haciendo equilibrio a duras penas sobre su cabeza.

—Supongo —dijo levantando la pistola— que esto se lo dio usted, ¿verdad?

—No era para eso —resolló el diocel. Levantó la barbilla—. Era para el propio rey. Para que pudiera quitarse la vida con honor y no ser abatido por un traidor impío.

Tamas extendió sus sentidos, en busca de más cargas de pólvora, pero no había ninguna.

—Solo traje una pistola, con una bala —dijo—. Habría sido más bondadoso traer dos. —Dirigió la mirada hacia la reina, que aún seguía rezándole a la Cuerda de Kresimir.

—No se atrevería —dijo el diocel.

—¡No lo hará! —lo interrumpió el rey—. No nos matará. No puede. Somos los elegidos de Dios. —Respiró hondo, temblando.

Tamas sintió un poco de pena por él. Sabía que Manhouch era más viejo de lo que parecía, pero en realidad no era más que un niño. No tenía la culpa de todo. Consejeros ambiciosos, tutores idiotas,

hechiceros indulgentes. Había una gran cantidad de motivos por los que había resultado ser un mal (no, un terrible) rey. Sin embargo, era el rey. Tamas aplastó su pena. Manhouch se enfrentaría a las consecuencias.

—Manhouch XII —dijo—, queda arrestado por su completa negligencia hacia su pueblo. Será llevado a juicio por traición, fraude y asesinato por inanición.

—¿Un juicio? —susurró el rey.

—El juicio será ahora mismo —dijo Tamas—, y yo seré el juez y el jurado. Ha sido encontrado culpable ante el pueblo y ante Kresimir.

—¡No pretenda hablar en nombre de Dios! —exclamó el diocel—. ¡Manhouch es nuestro rey! ¡Autorizado por Kresimir!

Tamas rio sin alegría.

—Es rápido para invocar a Kresimir cuando le conviene. ¿Piensa en él cuando tiene una concubina entre sus sábanas de seda o cuando come un plato de manjares con el que se podría haber alimentado a cincuenta campesinos? Su lugar no es a la derecha de Dios, diocel. La Iglesia ha autorizado este golpe de estado.

El diocel abrió grandes los ojos.

—Yo lo habría sabido.

—¿Los archidióceles le cuentan todo? Ya me imaginaba que no.

Manhouch juntó fuerzas y sostuvo la mirada de Tamas.

—¡No tienes pruebas! ¡Ni testigos! ¡Esto no es un juicio!

Tamas extendió la mano hacia un lado.

—¡Mis pruebas están ahí afuera! ¡La gente no tiene trabajo y está muriendo de hambre! Sus nobles se lo pasan putañeando y cazando, y tienen carne en sus platos y vino en sus copas, mientras el ciudadano común muere de hambre en la alcantarilla. ¿Testigos? Planea entregarle toda la nación a Kez con los Acuerdos de la próxima semana. Prefiere convertirnos a todos en vasallos de un poder extranjero con tal de que condonen su deuda.

—Afirmaciones sin fundamento, dichas por un traidor —murmuró Manhouch sin convicción.

Tamas meneó la cabeza.

—Será ejecutado al mediodía, junto con sus consejeros, su reina y cientos de sus parientes.

—¡Mi camarilla te destruirá!

—Ellos ya han sido ejecutados.

Manhouch palideció aún más, comenzó a temblar violentamente y cayó al suelo. El diocel avanzó lentamente. Tamas observó al rey por un momento y descartó la imagen espontánea de un joven príncipe de unos seis o siete años saltando en su regazo.

El diocel llegó hasta donde estaba el rey y se arrodilló. Levantó la mirada hacia Tamas.

—¿Esto es por lo de su esposa?

“Sí”. Tamas respondió en voz alta:

—No. Es porque Manhouch es la prueba de que las vidas de toda una nación no deberían estar sujetas a los caprichos de un idiota innato.

—Usted es capaz de destronar a un gobernante nombrado por Dios y de convertirse en un tirano, ¿y aun así afirma que ama Adro?

—repuso el diocel.

Tamas miró a Manhouch.

—Dios ya no autoriza todo esto. Si usted no estuviera tan cegado por sus sotanas forradas en oro y sus jóvenes concubinas, vería que es así. Manhouch se merece el abismo por su negligencia para con Adro.

—Seguramente usted se lo encontrará allí —dijo el diocel.

—No lo dudo. Estoy seguro de que la compañía será de todo menos aburrida. —Tamas arrojó la pistola vacía a los pies de Manhouch—. Tiene hasta el mediodía para hacer las paces con Dios.